

cerdocio católico, porque como á éste, se le tenía en gran veneración, porque el sacerdote únicamente podía acercarse al altar para ofrecer sacrificios al Señor; y así como el sacerdote israelita, una sola vez en el año podía penetrar, con el incensario humeante en la mano, en el *sancta sanctorum* para ofrecer la víctima y rogar por sus pecados y los de su pueblo, así también el sacerdote católico, una sola vez en el año y de una manera muy solemne, cual lo verifica en el suntuoso día del Corpus, ofrece la víctima incruenta é intercede por los pecados de todos.

Los excelentes efectos de la adorable Eucaristía se revelan de una manera palpable en otros hermosos pasajes del Viejo Testamento, los cuales nos dan perfecto derecho para calificarlos de emblemas más ó menos lindos del Sacramento Santísimo. Tales son: el agua que brotó de la piedra de Horeb, el fuego santo del altar, la oblación de Manué, el león muerto por Sansón, el pan subcinericio de Elías, la miel de Jonatás, la harina de la viuda y todo el Cantar de los Cantares. Es indispensable que estudiemos las analogías existentes entre estos bíblicos pasajes y el Misterio eucarístico.

El agua que brotó de la roca de Horeb, herida ésta por el caudillo de Israel en los momentos en que el pueblo sediento estaba, nos manifiesta, dice Alejandro de Alés (1), un grande efecto de la sagrada Eucaristía; pues así como aquélla apagó la sed del pueblo hebreo, el Agua divino-eucarística apaga los ardores de la concupiscencia.

El fuego santo que ardía constantemente en el altar y que para el efecto cebaba todos los días el sacerdote hebreo, indicaba el fuego abrasador que arde perennemente en la Eucaristía, renovada periódicamente por el sacerdote católico.

La oblación de Manué. El ángel aconsejó á ésta, entonces futura madre de Sansón, que ofreciera un cabrito en holocausto al Señor. Manué puso el cabrito sobre una blanca piedra y derramó después sobre él las libaciones acostum-

(1) 3 Pars, q. 10, mem. 1, art. 1.

bradas, con la cual ceremonia significó el incruento Sacrificio de la ley de Gracia ofrecido sobre la viva piedra que es Jesucristo, quien hizo de sí mismo una perfecta oblación por nuestros pecados.

El león muerto por Sansón es otra de las bellas alegorías del Sacramento del Amor. El león es Jesucristo, león de la tribu de Judá quien, mediante su preciosa muerte, nos depara el panal de miel eucarístico, y que á semejanza del panal deleitable que aquel juez de Israel encontró en la boca de su víctima, así nosotros hallamos en el pecho de Jesucristo, ensangrentado y muerto por los hombres, el rico panal de la Eucaristía.

El Pan subcinericio que halló el profeta Elías á su cabecera cuando despertó del profundo sueño, representa admirablemente al Pan eucarístico, porque así como aquel profeta, confortado con el pan subcinericio, caminó sin rendirse á las fatigas, durante cuarenta días con sus noches hasta llegar al monte Horeb, llamado también monte de Dios, del propio modo los cristianos, confortados con el verdadero Pan del espíritu, caminaremos, sin rendirnos al cansancio de los trabajos, por el presente valle hasta llegar á las cumbres del cielo.

La miel que tomó Jonatás con la punta de una vara fué suficientemente poderosa para dar vigor y energías al hijo de Saúl que estaba sin fuerzas, efecto de los horrores de la batalla: así la sagrada Eucaristía concede poderosas energías al alma trabajada con las tentaciones y peligros de este mundo.

La harina de la viuda de que hace mención el libro tercero de los Reyes es, según manifestó el Señor á Sta. Brígida (1), un emblema perfecto de Jesucristo Sacramentado; porque á la manera que la referida pobre viuda formó de la harina que le quedaba un pan cocido al rescoldo, así Nuestro Señor Jesucristo, de todas las perfecciones que posee ha formado el Pan sagrado del Altar, cocido con el fuego de su amor.

(1) Lib. de Revelac. 2.º, cap. 2.º, n.º 2.

Finalmente, el *Cantar de los Cantares*, poema ingenioso del Espíritu Santo, revela en todas y en cada una de sus brillantes páginas los finos amores de Jesucristo Sacramentado para con su esposa santa, la Iglesia, por lo que viene á ser como el símbolo eucarístico más grandioso que registra el Viejo Testamento, según podremos advertir en todo el segundo Tratado de esta obra.

II

Una vez explicados los hermosos emblemas de la Santa Eucaristía, relativos á la Ley de las sombras, es mi deber no dar por terminado el capítulo sin dirigirme á la Ley de las realidades, la cual, asimismo, posee algunos perfectos símbolos eucarísticos tanto ó más bellos, si cabe, que los del Antiguo Testamento.

Haré mención, en primer lugar, de la ciudad en que nació el Divino Salvador, que significando «casa de pan» representa detalladamente á Aquél que de sí propio dijo: «Yo soy el pan que bajé del cielo, para que el que coma de él no muera». Además, en la afortunada Belén tuvieron cumplimiento muchas de las circunstancias que se verifican después de la consagración de las Especies eucarísticas; porque si en Belén el Salvador estuvo recostado en un pesebre, en la iglesia está recostado sobre el altar. Si en Belén fué envuelto en pobres pañales, en el altar es cubierto de modestos corporales. Si en Belén fué adorado profundamente por los ángeles, los pastores y los magos, en el altar es adorado con no menos reverencia por todos los católicos. Si en Belén, finalmente, moró paciente y humilde, en el altar brilla también en semejantes virtudes.

Fué asimismo, relevante figura de la Eucaristía *la Parábola del grano de mostaza* que nos declaró Nuestro buen Señor; porque así como dicho grano, dice el P. Lapuente, es muy diminuto pero al mismo tiempo rojizo y reluciente, así Nuestro Señor en la Eucaristía se muestra pequeño, pues está realmente en cada partecita de la Hostia, y rojizo y re-

luciente, pues enciende los corazones de los que á Él se llegan.

El portentoso milagro obrado por Jesús en las bodas de Caná de Galilea, ¿qué fué sino un acabado símbolo de la transustanciación? Allá Nuestro Señor convirtió el agua en exquisito vino. Acá convierte el vino ordinario en su preciosa sangre. En la mesa de los desposados el verdadero vino no parecía vino sino agua pura; y en la Mesa eucarística la verdadera sangre de Cristo no parece sangre sino vino puro; en la mesa de los desposados bastó una bendición del Salvador para transustanciar á la vez el agua de todas las hidrias; y en la Mesa eucarística basta una sola bendición del sacerdote para transustanciar á la vez el vino de uno ó más cálices que pueda haber sobre el ara; en la mesa de los desposados se admiraron los convidados todos; y en la Mesa eucarística nos llenamos de profundo asombro cada vez que nos acercamos á recibir á Jesucristo.

Todavía los evangelios celebran la repetición de un asombroso prodigio, obrado por Jesús, emblema á la vez de su augusta presencia en las Hostias consagradas. Compadecido nuestro Señor de una inmensa turba que le seguía, la que llevaba algunos días sin comer, mandó que se sentase sobre el duro suelo y, ordenando le trajesen siete panes y cinco peces que los apóstoles tenían á la mano, los bendijo, los partió y distribuyéndolos entre más de cinco mil personas, comieron todas hasta la saciedad, sobrando aun algunos cestos de fragmentos. Este portento, ciertamente, nos significó que puede también Jesucristo, y sus ministros por delegación suya, con el uso de la potestad recibida, hacer que la presencia real del Salvador esté, no solo en cinco, sino en cinco mil y más Especies consagradas á la vez; que si en el campo, con cinco panes se hartaron cinco mil personas, en el altar, con un solo Jesucristo puede saciarse espiritualmente todo el pueblo cristiano; y que si en el campo, después de semejante milagro, sobraron innumerables fragmentos de pan y pescado, en el altar, después que ha comido el pueblo cristiano la Carne de Jesucristo, aun queda el Salva-

dor entero para darse á otros que lo soliciten con devoción.

En último término, el *pez puesto sobre unas brasas, en Tiberíades* es uno de los más adecuados y generales emblemas del Misterio eucarístico. Jesucristo Nuestro Señor para confirmar su presencia ante sus discípulos, quienes en aquellos momentos habían logrado numerosa pesca, dispuso que al salir éstos del barco hallasen en la playa puesto sobre unas brasas un hermoso pez. En este pasaje encontramos muchas de las circunstancias pertenecientes al Sacramento de los altares: Jesucristo, el pez puesto sobre unas brasas, los discípulos que saltan del barco á la invitación que les hace el Salvador para que coman, la refección. Jesucristo es quien dispone la comida eucarística figurada por un pez asado, es el mismo Jesús frito ó asado con los tormentos de su pasión dolorosa, los discípulos que parten del mar borrascoso del mundo para tomar esa refección eucarística, ¡qué cuadro tan grandioso!

Es de advertir que los primitivos cristianos, merced sin duda al hecho bíblico referido, solían pintar y esculpir en los sarcófagos de las Catacumbas al pez colgando de un hilo, ó nadando sobre las frescas aguas y llevando sobre sus espaldas un cestito con cinco panes y un objeto rojizo entrevisto en el cesto; simbolizaban con esta pintura la santa Eucaristía; el pan y el vino consagrados. Los más célebres anticuarios ven en el pez á Jesucristo Sacramentado y no hay duda que los primitivos artistas cristianos tomaron el argumento del pez hallado en la playa de Tiberíades para figurar el santo Sacramento del Altar, encontrando al propio tiempo un excelente medio para ocultar á los profanos la significación del Misterio eucarístico.

Al terminar el presente capítulo debemos elevar nuestra consideración á las alturas para admirar la sabiduría divina que nada dejó de hacer para testimoniar á la inteligencia humana sus divinos Misterios. Símbolos, vaticinios, realidad, prodigios en corroboración del hecho, recompensas y castigos: he aquí toda la obra de Dios para afianzar al hombre su doctrina revelada.

CAPÍTULO IV

Los libros del Pentateuco, Josué, Reyes, Paralipómenos, Macabeos, Proverbios, Sabiduría y Eclesiástico, bosquejando varias grandezas de la Eucaristía.

Después de los místicos emblemas pasemos á estudiar las notables profecías. Son por demás bellísimos los venerandos textos de las Sagradas Escrituras acerca del Sacramento del Amor.

«Pondré, dice Dios á su pueblo escogido, *mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desechará mi alma. Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo* (1). El Señor se refiere indudablemente por este admirable pasaje al tabernáculo que Moisés debía de construir para ofrecer los supremos honores divinos, en el que deberían custodiarse como en relicario santísimo el Arca del Señor y la gloria del mismo Dios, que es á lo que aluden las palabras: *estaré en medio de vosotros*. Hemos visto, empero, en el anterior capítulo que el tabernáculo y sus sagradas partes eran perfectos símbolos de la Eucaristía. Ahora bien: ¿podrá negarse que semejantes palabras revelan en sentido místico-profético el Tabernáculo de la Nueva ley? No, en verdad; pues dice: «Pondré *mi tabernáculo en medio de vosotros*,» tabernáculo que había de encerrar

(1) Ponam tabernaculum meum in medio vestri et non abjiciet vos anima mea. Ambulabo inter vos, et ero Deus vester, vosque eritis populus meus. Levit. XXVI, 12.